

La primera noche **por Alberto Campos**

Aún recuerdo las caras de mis padres –recelosa ella, preocupado él– mientras el ascensor se cerraba conmigo dentro, convirtiendo lo que quedaba de mi niñez en su nostalgia. Hasta aquel momento, mi vida social extraescolar se había limitado a los entrenamientos y partidos de baloncesto –deporte que, a decir verdad, no se me daba nada bien–, y a contadas salidas de fin de semana al cine o al bar, donde quedaba con unos de clase para ver el partido. Más allá de esto, solo había libros y sueños –que en ocasiones son lo mismo–, en una adolescencia que rodaba por la carretera de lo anodino.

El inicio del cambio se produjo una tarde noche de sábado cuando, plantado por los desertores de mis compañeros quien sabe por qué, tuve que presenciar la victoria por goleada de mi equipo, en la soledad del atestado bar. No sé si fue el ambiente festivo por el devenir del juego, o la desbocada camaradería etílica reflejada en el sentir de los mismos colores; pero lo cierto es que, tras el partido, acepté la propuesta de cuatro desconocidos forofos –mi actual pandilla–, de extender la celebración en otro local.

Pasaban las doce cuando, alegre como un chiquillo, regresé a casa topándome con el gesto inequívoco de cabreo y preocupación en los rostros de mis padres. En una época donde los móviles eran una caprichosa (y cara) novedad que aún se pagaba con pesetas, la excusa de no haber encontrado una cabina para avisarles, me salvó en primera instancia. Sin embargo, el clarividente y ensayado argumento de mi padre sobre los peligros de ir solo por la calle y más en mi estado, junto a la convincente apelación de mi madre de que ellos sólo querían lo mejor para mí; acabaron por acorralarme en un sentimiento de culpa que casi hizo desvanecer la emocionante sensación que aún me recorría el cuerpo. Aunque aquella madrugada me fui a la cama agachando las orejas y pidiendo disculpas, algo ya se había quebrado irreparablemente en mi interior. El “virus de la Noche” –esa gran desconocida con caleidoscópicas caras– se había inyectado en mí, abriéndome una nueva dimensión de territorios sin mapas que necesitaba explorar. Por eso, no tardaría ni veinticuatro horas en encarar a mis progenitores para convencerles de que por mi parte, no había vuelta atrás.

El pacto consensuado al que llegamos tras una ida y venida de argumentaciones, incluyó un horario tope para el desenfreno, al menos una llamada cada hora y una cláusula por la que aceptaba que mi padre fuese a buscarme en su “furgo” a un punto de encuentro. Aunque para muchos adolescentes esto último generaría un gran bochorno a evitar a toda costa, a mi me resultaba un alivio. Mis padres siempre habían sido un punto de apoyo en cada paso de mi vida, un oráculo al que acudir para encontrar aliento cuando mi ánimo flojeaba.

Por eso cuando, al sábado siguiente, abandoné mi casa enfundado en mis mejores galas, entendí el por qué de la amargura de sus caras mientras se cerraba la puerta del ascensor: tenían el miedo que a mí me faltaba.

Aún intentando mantener intacto el agri dulce recuerdo de aquella noche, cada vez que vuelvo a él, inevitablemente lo reconstruyo manipulando alguno de sus elementos. Lo que permanece siempre, sin embargo, es el sabor de la libertad y sus claroscuros. No es que en mi vida previa estuviese privado de voluntad propia, pero esa libertad –la de la noche–, me pareció solo mía: como si brotase de lo más profundo de mi ser expandiéndose mucho más allá de mi conciencia.

Entré con mal pie. Fue cruzar la puerta del bar donde me habían citado, que mi nerviosismo me hizo golpear una mesa, derramando las consumiciones de una pareja. Tras pedirles disculpas y ofrecerme a abonar el importe, pude ver en sus expresiones, un atisbo de esa mirada que me suele acompañar allá adónde voy: una mezcla de sorpresa, rechazo y paternalismo, ante la cual –con el tiempo– he logrado crearme un armazón compuesto de paciencia, empatía y un punzante sarcasmo. Por eso, cuando vi que en la barra dos de mis anfitriones –Damián y Luis–, me recibían con igual ironía, supe que estaba en buenas manos: –¡Has entrado arrasando!– celebró Luis con una sonrisa socarrona.

–Es que este circuito es nuevo para mí– dije encogiéndome de hombros.

–Ahora que estás en *boxes*, ¿te pido algo para beber?– preguntó Damián señalando su propia caña.

–Pídeme una cocacola.– Y añadí pícaro: –No vaya a ser que tengáis que cargar conmigo toda la noche.

Roto el hielo, empezamos a charlar distendidamente engarzando temas que se movían entre lugares comunes como los deportes, la música o el instituto, hasta gustos y opiniones personales sobre la vida. Pronto se sumaron Amanda y Chus, quienes celebraron sinceramente mi ingreso oficial en un quinteto que el tiempo ya no lograría romper.

Conducido por Luis, y tras haber dado señales de vida en casa con la una primera llamada telefónica, salimos a recorrer las calles adyacentes, parándonos en varios locales a saludar a conocidos suyos que pronto también entrarían a formar parte de mi círculo de amistades. Eran las doce y media de la madrugada cuando enfilamos cuesta abajo la larga arteria principal que unía la periferia con el centro de la ciudad.

–Lo peor ya ha pasado– dijo Damián, mirando calle arriba mientras tomaba aire.

–No seas quejica, hombre– le recriminó Amanda cogiendo el testigo. –Que más difícil será el día a día para él tal y como están las aceras.

–Oye, os lo agradezco de verdad– me sinceré.

–¡Tú no te preocupes, hombre! Además, lo peor no es esto, sino volver enteros a casa al final de la noche.

–¿Volvéis caminando?– pregunté sorprendido.

–¡Qué remedio!– intercedió Chus. –No hay dinero para todo.

A las puertas del primer pub tuvimos nuestro primer momento agrio.

–Aforo completo– dijo el hombre de negro que custodiaba la puerta.

–Pero si se ve desde aquí que está medio vacío– insistió Chus dando un paso al frente.

–Es por motivos de seguridad– respondió el tipo, mirándome de reojo.

Sé que no fui el único que vio su gesto de desprecio, pero cuando quise decir que no importaba, que yo les esperaba fuera; Damián ya estaba pidiendo una hoja de reclamaciones.

–Lo siento– les dije de camino a un segundo local.

–¡Que va, tío! Si no nos quieren aquí, pues ellos se lo pierden. ¡Si hay más bares que peces en el mar!– reflexionó Luis.

–¡Y deja ya de pedir perdón!– concluyó Amanda sonriendo.

–¿Por qué no vamos al *Tatra*?– propuso Chus.

El estruendo melódico de música rock, se filtraba por los bajos y comisuras de la puerta negra de lo que mi quinteto denominó “antro”. En su interior, la penumbra repleta de humo de tabaco estaba débilmente iluminada por luces rojas y blancas que recordaban a un pasaje del terror. Para mí, sin embargo, aquello resultaría ser el paraíso. Movidos por la alegría del lugar, los cuatro bailaban y saltaban, mientras tarareaban las canciones que el *dj* engarzaba como si supiese de memoria un repertorio perfecto. Llevado por la euforia, me uní como pude, mostrándoles mis dotes de bailarín novato. Sin ser consciente de ello, el local entero empezó a botar a mi alrededor, animándome a seguir. Amanda me invitó a una cerveza –la primera de mi mayoría de edad–, Luis me presentó a un montón de gente y Chus –que actuaba como mi sombra– me cantaba al oído fragmentos inconexos de las partes que se sabía. Cansado, me desplacé a la esquina donde estaba Damián.

–¿No te toca fichar?– me dijo sonriente. –Si quieres, te acompaño y así cojo un poco de aire.

Mientras íbamos a la cabina desde la que llamaría a mis padres, entablamos una conversación aparentemente simple, pero profunda.

–No te avergüences– empezó. –La mayoría de los padres se preocupan por nosotros todo el tiempo.

–Ya, pero los tuyos no te mandan llamar cada hora.

–Eso es porque tengo hermanas mayores que me han ido allanando el camino. Además, ponte en su lugar: ¿dejarías que tu hijo saliese con cuatro personas que apenas conoce? Yo, si fuese tu padre, habría hecho una rueda de reconocimiento en casa, antes de dejarte salir.

Mientras repetía el mismo discurso de las llamadas anteriores, pensaba en las palabras de Damián. Antes de colgar, se me ocurrió preguntarle: “oye papá, ¿qué tal si vienes un poco antes de las tres y así te presento a la banda?”.

–¿Estás para conducir?– dijo Luis guiñándome un ojo mientras salíamos del pub.

–En peores me he visto– respondí entusiasmado.

–Mira, que aún nos queda la cuesta arriba– amenazó Chus.

–Tranqui, lo tengo todo bajo control– afirmé.

Al girar la esquina del lugar fijado como punto de encuentro, pude ver a mi padre discutiendo con un policía por el estacionamiento inadecuado de su furgoneta. “¡Estamos aquí!”, grité agitando la mano. Nada más verme, el “local” se guardó el bolígrafo y la libreta de multas, sonriéndome cándidamente.

–Ventajas de ser un lisiado– le dije a Luis, señalándole la actitud del guardia.

Hechas las presentaciones, comenzaron las despedidas.

–¿De verdad no se puede quedar un rato más?– preguntó Chus.

–Otro día– sentenció incómodo mi padre.

–Si total, nosotros nos vamos en media hora– dijo Amanda.

–¿Tenéis que volver al barrio?– les preguntó.

La respuesta afirmativa de los cuatro se convirtió en una invitación de mi padre a llevarles a su destino.

–Somos demasiados: ¿no nos multarán?– preguntó sensato Luis.

–Con este dentro, seguro que no– contestó mi padre, señalándome con el pulgar.

Mi padre siempre ha sido un buen compañero de viaje: gran conversador, imaginativo y mordaz. Verlo en su salsa, discutiendo con aquellos cuatro en el interior del vehículo sobre qué banda de rock de los setenta había despuntado sobre las demás, me hizo sentir muy cómodo y relajado.

Eran las tres y media cuando entramos en casa, después de dejar al resto de la tropa en sus respectivos portales.

–¿Qué tal te lo has pasado?– preguntó mi madre animada.

–Ha habido de todo– dije haciéndome el interesante. –Pero ya os lo contaré en otro momento.

–¿Estás de broma? ¡Queremos saberlo todo!– dijo curiosa.

Sentados alrededor de la mesa de la cocina con un vaso de leche cada uno, les fui relatando los pormenores de la velada: los lugares a los que me habían llevado, las personas que había conocido y las anécdotas más tontas de lo que había experimentado. Mientras lo hacía, vi como se iban mirando el uno al otro compartiendo silenciosamente un alivio mal disimulado.

Antes de ir al baño, escuché cómo mi padre le decía a mi madre:

–Lo que no puede ser es que el chaval tenga que volver más temprano que sus amigos.

–Pues ya sabes, ahora que los conoces ya puedes traértelos a todos cada sábado.

–Y los viernes– grité desde el final del pasillo.

–¿Cómo?– escuché que decía mi padre.

–Que también voy a salir los viernes. Pero no os preocupéis que no será por mucho tiempo: me voy a sacar el carnet de conducir.

–Eso ya lo discutiremos, pendón– amenazó mi madre.

Todavía no había cogido el sueño, cuando afuera ya despuntaba el alba. No queriendo que aquella noche se acabara nunca, reproduje paso a paso todo lo vivido para no olvidarlo jamás, sin saber que ya estaba desvirtuando el recuerdo. Sin embargo, lo que ha permanecido hasta hoy, es el sabor de esa libertad que me pareció solo mía: como si brotase de lo más profundo de mi ser expandiéndose mucho más allá de mi conciencia.

Acodado en una mesa del bar, este cincuentón que ha transitado su vida sobre “ruedas”, espera –tan nervioso como aquella primera noche– la llegada de estos cuatro para celebrar la vida una vez más.